

# DEUS SENTADO NUN SILLÓN AZUL<sup>1</sup>

## Una mirada moral sobre la condición humana

PEDRO HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ

**E**n este fin de siglo en el que algunos propugnan y predicen la desaparición de la historia y de las ideologías, en el que parece imponerse el relativismo y la ambigüedad moral, el olvido frente a la memoria, encontramos un autor que hace de la indagación moral sobre el pasado y la reflexión ética sobre el comportamiento y la condición humana una de las señas de identidad más importantes de su obra literaria. Una narrativa en la que la memoria y la mirada moral sobre el mundo y el hombre constituyen dos de los ejes esenciales de su proceso creador, como viene a confirmar su última novela, *Deus sentado nun sillón azul*, culminación y síntesis de la trayectoria narrativa de Carlos Casares. Un escritor que obra a obra ha ido conformando una voz expresiva propia y un universo narrativo muy personal, una voz en la que puede reconocerse una preocupación estética constante que se manifiesta en la variedad técnica y formal de cada uno de sus textos y un universo en el que late siempre una honda preocupación moral y una actitud cívica ante la vida, comprometida con la dignidad humana.

La novela ha tenido una gran aceptación entre el público y ha sido ampliamente alabada por la crítica, obtuvo el Premio Nacional de la Crítica en lengua gallega correspondiente al año 1996 y quedó finalista en el Premio Nacional de Narrativa. Tanto por su complejidad técnica como por su densidad temática, por la variedad y amplitud de perspectivas que ofrece al lector y la perfecta integración de los diferentes planos y elementos que constituyen la trama y estructura novelesca constituye un magnífico ejercicio de estilo y una muestra acabada del talento narrativo de este escritor.

La narración se articula a partir de una imagen sencilla, una mujer que mira por la ventana y

observa a un hombre avejentado que vive en la casa de enfrente, una persona con la que mantuvo una relación amorosa en el pasado. Una ventana que Ella nos abre y desde la cual el lector puede contemplar un enorme friso sobre el comportamiento humano. A través de esa mirada y esa voz narrativa interpuesta se reconstruye la trayectoria ideológica y vital de ese «dios sentado en un sillón azul» y asistimos a la radiografía social y moral de toda una época, la Europa de la llamada revolución conservadora de los años 30, la del ascenso del nazismo en Alemania y la España del alzamiento nacional y los primeros años de la posguerra.

Ella nos da a conocer la historia de ese dios a partir de dos ejes fundamentales: la mirada y la memoria. Por un lado, Ella describe y cuenta lo que le sucede ahora a ese «dios» sentado en un sillón azul, inquieto y desasosegado, abatido, que parece esperar resignadamente el trágico desenlace final. Por otro, Ella indaga en el pasado común, recuerda las experiencias vividas junto a Él desde su época de estudiante en Compostela cuando él era profesor de la Universidad, las cartas que éste le enviaba desde Alemania y los artículos que Él publicó y publica en el diario local. Una triple perspectiva que nos ayuda a explicar y conocer mejor el itinerario vital e ideológico de Él.

Uno de los aspectos más destacados de esta obra es la compleja y original configuración del punto de vista y la voz narrativa. Aunque formalmente la novela está escrita en tercera persona y la voz elegida es la de un narrador omnisciente situado fuera de la historia en realidad éste tiene las cualidades de un narrador testigo, se encuentra en el mismo plano y ángulo de visión de uno de los personajes de la ficción, pues la historia está contada desde el punto de vista de Ella. Al mismo tiempo esa voz interpuesta recoge y refleja, a través de la mirada y la memoria de Ella, el pensamiento y la forma de ver el mundo de Él, protagonista principal de la narración. El relato combina así la perspectiva, la mirada objetiva, Ella cuenta y describe

<sup>1</sup> Carlos Casares: *Deus sentado nun sillón azul*, Galaxia, col. «Literaria» n.º 138, Vigo, 1996, 271 págs. *Dios sentado en un sillón azul*, Alfaguara, Madrid, 1997, 312 págs.

lo que ve desde la ventana, y la perspectiva subjetiva, la mirada introspectiva que indaga en la memoria de Ella, en sus recuerdos y sentimientos, y a través de ella, en la interioridad del personaje protagonista.

Incluso podríamos decir que en realidad casi toda la novela parece transcurrir en la cabeza y la imaginación de Ella, es un ejercicio de anagnórisis de largo alcance que recoge los recuerdos, pensamientos y sensaciones que a Ella le evoca esa figura débil y temerosa que ahora ve en el salón de la casa de enfrente. La novela se encierra en esa mirada y en esa memoria introspectiva que nos descubre toda una vida, todo un mundo.

El relato se construye así a partir de un sutil juego de miradas y voces, de ventanas y espejos. Una estructura especular en la que se reflejan y contraponen diferentes formas de ver el mundo. Por un lado la ventana, imagen vertebradora de la narración, es un cristal transparente y claro a través del cual Ella mira, observa y describe lo que ocurre en la casa de al lado, pero también se convierte en espejo pues en la ventana de enfrente Ella «ve reflejada» una parte de su propia vida, de su propio pasado y, en cierto modo, también nos devuelve «la mirada», el punto de vista de ambos protagonistas, sus diferentes formas de ver la vida.

En su magnífica reseña, Santos Alonso<sup>2</sup> destacó esta original configuración del punto de vista y la voz narrativa como uno de los grandes hallazgos de la novela de Carlos Casares.

En cuanto a la configuración espacio-temporal la novela se estructura en un doble plano temporal, el presente y el pasado del protagonista, la narración se articula en un constante juego de encaje entre ambos planos. El presente corresponde al tiempo «real» del relato, unos pocos días en la vida de ese «dios», los que van desde el asalto al cuartel por parte de los maquis y la aparición de la hoja amarilla (panfleto en el que Él es amenazado) hasta el trágico desenlace final. Es el plano en el que se articula la trama e intriga de la narración. Por otro lado el pasado, que va engarzándose en el presente y la narración a través de la memoria y los recuerdos de Ella, plano donde predomina la perspectiva lírica y la mirada

introspectiva. La línea temporal del relato se interrumpe y quiebra continuamente, es decir desde el presente del relato (tiempo en el que comienzan cada uno de los ocho capítulos que componen el libro) el lector asiste a un movimiento retrospectivo de largo alcance, a continuos saltos atrás que explican y cuentan el pasado del protagonista. Estos incisos en unos casos son de carácter marcadamente lírico, como por ejemplo los que corresponden a la evocación de los días pasados en la aldea y en la Casa Grande do Miño, en otros de carácter explicativo o aclaratorio, como las cartas y artículos de prensa escritos por Él en el pasado y que Ella recuerda y confronta con el presente.

Pero una gran virtud de esta novela es que esta complejidad técnica no se traduce en una artificiosidad formal que pudiera complicar y dificultar el acceso del lector al texto, todo está integrado en esa forma de contar fluida y clara de Carlos Casares. Una sintaxis narrativa en la que se encadenan con naturalidad y perfección las diferentes escenas y secuencias, en la que destaca la minuciosidad descriptiva, la atención al detalle, la creación de atmósferas y ambientes, la gradación climática y en la que se alcanzan unas calidades rítmicas y compositivas muy notables. Una prosa y un estilo reconocible en el que destaca esa «limpieza de página» tan característica de este escritor, como afirmaba unos de los asistentes a la presentación de la novela en Madrid. Una sintaxis aparentemente sencilla y clara que revela un gran trabajo de corrección y depuración estilística, en definitiva una prosa que alcanza la tan buscada y difícil naturalidad y sencillez narrativa.

Una historia, magníficamente contada, en la que no importa tanto qué ocurre, pues el trágico desenlace final es sentido e intuido por el lector casi desde el principio del relato, sino cómo y por qué ocurre, lo importante es la reflexión moral y ética que indaga en las causas de la violencia, la intolerancia y el fanatismo.

Como señalábamos al principio, esta complejidad técnica va acompañada de una gran densidad significativa. Desde el punto de vista temático la novela es también una compleja red o tapiz en la que se tejen y entrecruzan numerosas historias y reflexiones sobre el ser humano. Un novela densa y poliédrica en la que junto a la historia central, íntima, de amor y desamor entre

<sup>2</sup> Santos Alonso: «Dios sentado en un sillón azul. Memoria de un árbol caído», *Reseña* n.º 288, Noviembre 1997, p. 12.

Él, Ella y Mariana, conviven el debate filosófico, estético e ideológico, la crónica histórica que reconstruye una época determinada, la de los años inmediatos a la Guerra Civil española y los del nacimiento del nazismo en Alemania y los movimientos totalitarios en Europa, y en la que también se recoge un rico y amplio anecdotario humano.

A pesar de esta multiplicidad de significados, el tema central podría resumirse o sintetizarse en las acertadas palabras de Elke Wehr –la traductora alemana de las obras de Carlos Casares– «la obra plantea el problema de la inteligencia sin moral». Ese «dios» sentado en el sillón azul es un hombre inteligente y culto, de fina sensibilidad estética, pero ello no le salva de ser una persona despreciable, soberbia y despótica que justifica lo injustificable, la violencia y la crueldad, la guerra, el surgimiento del nazismo en Berlín o la represión franquista en los primeros años de la posguerra. Humanamente es una persona intolerante y soberbia, dominada por su propio dogmatismo, rígida y reaccionaria, que desprecia a los débiles y que, por ejemplo, no tiene ningún reparo en defender o justificar la pena de muerte, un hombre que al final acaba siendo víctima de su propia intolerancia.

Junto a esta idea central, la relación entre inteligencia y moral, en la novela se plantean otros muchos motivos o cuestiones. Podríamos citar entre otros muchos la reflexión ética sobre la responsabilidad moral de aquellas personas que desde el púlpito o desde el altavoz que les proporciona una tribuna, un micrófono, un periódico o su posición social justifican o alientan la violencia, contribuyen a la intolerancia y al dogmatismo, esos «dioses menores» que se creen en posesión de la verdad y que anteponen la ideología y las creencias a la dignidad humana, tema tan actual y tan candente en este fin de siglo. En la novela hay una clara denuncia de la cobardía física y moral de aquellos que se esconden detrás de las palabras y se escudan en los demás y que, casi siempre, a la hora de la verdad se comportan como seres cobardes y mezquinos, aquellos que sólo demuestran su fortaleza con los débiles. Esta dialéctica entre fortaleza y fragilidad, entre valentía y cobardía moral en las relaciones con los demás, la reflexión sobre el carácter contradictorio y a veces miserable del ser humano es una de las cuestiones temáticas principales de la novela.

Encontramos también una reflexión filosófica sobre el paso del tiempo que puede observarse en ese aire melancólico que parece dominar la memoria de Ella y los últimos días del protagonista. Este aire melancólico que atraviesa toda la narración, el carácter evocador del pasado, la nostalgia de un tiempo que se fue y se perdió definitivamente, el doloroso paso del tiempo, los efectos devastadores que éste provoca en los individuos y las cosas es otra de las claves significativas que gravita sobre toda la novela. Melancolía que encontramos perfectamente sintetizada en un pasaje de la propia novela, en esa mirada triste, perdida y ausente que Ella ahora ve en Él: «nada pervive daqueles días alegres vividos na Casa Grande do Miño na mirada de hoxe», (p. 63). En este sentido *Deus sentado nun sillón azul* es el retrato del proceso de decrepitud y abandono, de la soledad y la desolación en la que va cayendo ese hombre en un tiempo insultantemente seguro, fuerte y poderoso, al que se le han ido derrumbando las ilusiones y los sueños de juventud. Proceso magníficamente retratado en la descripción de ese salón en el que Él se recluye y aísla y del que poco a poco se ha ido apoderando el desorden, el abandono y la dejadez, metáfora o símbolo tal vez de la ruina no sólo física sino moral de un individuo y un tiempo determinado.

Como vemos esta capacidad pragmática que abre al lector un amplio abanico de perspectivas de interpretación o reflexión es uno de los grandes valores de esta última novela de Casares. A un lector le atraerá más esa historia de amor y desamor central dibujada a través del clásico triángulo amoroso, a otro será la dialéctica de ideas, el debate filosófico e ideológico que se desliza por sus páginas lo que le cautiva, a otro la crónica de una época dominada por la violencia y la intolerancia, la reflexión sobre el poder y el papel de los intelectuales en la sociedad, la reflexión ética sobre la condición humana.

Desde el punto de vista estrictamente literario *Deus sentado nun sillón azul* constituye un ejemplo espléndido del personal proceso de creación de este escritor, su peculiar forma de componer los personajes y la historia, anclada siempre en la realidad. Un proceso en el que Casares partiendo de vivencias, recuerdos, anécdotas, personajes y espacios conocidos va creando y componiendo un nuevo universo de ficción que trasciende y recrea esa rea-

lidad, transformándola en otra cosa, como afirma muy atinadamente Torrente Ballester<sup>3</sup>: «Todo lo que está en un libro estuvo antes en la realidad, pero nunca está en el libro como en la realidad».

En definitiva Carlos Casares nos muestra con su última y magnífica novela cómo la literatura es sobre todo un ejercicio imaginativo, donde lo fun-

damental es la capacidad para contar una historia y crear unos personajes que la vivan y la hagan creíble a ojos del lector, que éste a través de esa «ventana clara y limpia» que el artificio de la literatura le abre pueda ver y observar la vida y el mundo, reconocerse y comprender mejor el alma humana, reflexionar sobre su propia condición.

---

<sup>3</sup> Gonzalo Torrente Ballester, en *Escritores ante el espejo*, Lumen, Barcelona, 1998.